

MARIO MENDOZA

Akelarre



Capítulo I
EL NUEVO JACK

1.

La lluvia no deja de caer desde la madrugada hasta bien entrada la noche. Es un ruido persistente en los tejados de los edificios, de las casas, de las bodegas, de los almacenes. Las alcantarillas se taponan y por todas partes el agua escupe un hedor que se esparce por las esquinas y los soportales. Las canaletas chorrean un líquido amarillento que da testimonio de la contaminación, de una atmósfera sucia e inmundada. Los gatos se arrastran en la oscuridad mojados, con su pelambre apelmazada, como fantasmas desplazándose por entre los botes de basura, las botellas vacías y los restos de comida de una ciudad que hace mucho dejó de ser un hogar para convertirse en un campo de concentración que no permite a nadie escapar ileso.

Son las ocho de la noche. Entrás al edificio ubicado en la calle 19 con la avenida Caracas. Vagos, mendigos, yonquis desahuciados, prostitutas avejentadas y enfermas y travestis con dos días de barba en sus mejillas pintorreteadas con rímel barato pululan en las aceras vecinas.

Te han llamado porque no saben cómo enfrentar el horror, porque tienen miedo, porque los *polis* suelen ser cortos de imaginación, animales domésticos y predecibles. Y esto no ha sido efectuado por una mente como la de ellos, tan evidente, tan plana, tan lineal. Esto es la creación de alguien desencajado, de un viajero que recorre zonas tenebrosas y macabras.

Sí, te han llamado a ti, Frank Molina, el investigador privado, el alcohólico, el fumador de marihuana, el loquillo desquiciado que

suele pasar varias semanas al año en una clínica psiquiátrica, porque solo una mente como la tuya puede entender lo que aquí está ocurriendo. Y tú te sonríes, dejas las manos todo el tiempo entre tu chaqueta y subes los peldaños de las escaleras de dos en dos hasta el tercer piso, donde ya está la policía con sus investigadores de paco-tilla y sus fotógrafos aficionados intentando registrar la escena del crimen. El encargado es Roque Almagro, un antiguo policía al que conoces bien desde tu época de cronista de judiciales.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntas sin dejar de sonreír.

Uno de los subalternos de Almagro no puede soportar más el olor a carne y vísceras regadas por la habitación y abre la única ventana del recinto para poder vomitar. Los otros se aguantan como pueden y llevan tapones en la nariz para evitar el hedor nauseabundo que contamina el aire de mala manera. Tú tienes la ventaja de que tu estómago es de plomo y te quedas parado en el umbral esperando una respuesta.

—Maritza Aguirre —te dice Almagro, mirándote de reojo—. Prostituta de la zona, 32 años, separada, con dos hijos pequeños. La mataron entre las once de la noche y la una de la mañana. No hay testigos. Nadie vio nada. Por eso el cuerpo permaneció todo el día sin ser descubierto. Se dieron cuenta por el olor a fiambre y porque un gato del vecindario salió por la ventana con un pedazo de intestino entre los dientes. Sus compañeras de trabajo dicen que era una buena mujer, solidaria, tranquila, sin enemigos conocidos. No estaba metida en problemas, no vendía drogas ni tenía deudas pendientes. Trabajaba independiente. Primero la ahorcaron, luego la degollaron y después le abrieron el abdomen y le extrajeron las vísceras. Antes de revisar el cuerpo en la morgue, queríamos que viera la escena del crimen para ver si se le ocurre alguna hipótesis. No estamos acostumbrados a algo como esto.

La última frase te hace sonreír. Claro que no. Están acostumbrados a lidiar con hampones de poca monta, traficantes incipientes, ladronzuelos y cuchilleros callejeros que muchas veces son sus socios

y les pasan una parte de sus ganancias. Esto es otra cosa. Una mente trastornada, ida, en una dimensión aparte, y al mismo tiempo una personalidad fría, calculadora, matemática, precisa hasta la obsesión.

Das una vuelta por la habitación y memorizas la ubicación de las vísceras. El hombre no solo extrajo los intestinos, sino que parece haber ejecutado una danza con ellos por todo el lugar. Por un momento, cierras los ojos y lo imaginas con las manos ensangrentadas, dichoso, ebrio de contento, frenético, bailando de un punto a otro de la habitación mientras esparcía los pedazos del cuerpo de la mujer. Seguramente el asesino escuchaba en su cabeza una melodía lúdica, trepidante, y se sintió realizado, orgulloso de sí, transportado a un paraíso del que le costó mucho regresar. Es casi seguro que se encontrara excitado sexualmente, con el pene erecto, y que la sangre caliente y el cuerpo recién abierto de la víctima lo condujeran a una eyaculación abundante. Sientes por todo el cuarto esa plenitud, esa alegría de alguien que se encuentra en un estado de éxtasis, fuera de sí mismo.

Luego debió ocurrir exactamente lo contrario. Tuvo que descender, enfrentar la realidad banal del crimen atroz de una mujer cualquiera. Se lavó las manos y la cara en el baño diminuto de esa habitación miserable. Por fortuna, no había un espejo y no tuvo que ver su rostro reflejado en él. Finalmente, esperó el instante ideal en el que no hubiera nadie en el corredor, salió del lugar fingiendo ser un cliente satisfecho, uno más del montón, y huyó por las calles perdido entre las sombras, el frío y la lluvia. Esa caminata debió ser terrible, en medio de la depresión y la angustia que suelen presentarse después del frenesí y la excitación. Lo imaginas durante las horas siguientes arrojado en su departamento, durmiendo debajo de las cobijas, sin comer, sin levantarse, con una televisión encendida al fondo en un canal que emite noticias las veinticuatro horas del día.

—¿Alguna idea, Molina? —pregunta Almagro, sacándote de tu ensimismamiento.

—¿Ya recogieron muestras de semen? —dices en voz baja, sin llamar mucho la atención.

—¿Del cuerpo de la víctima? Era una prostituta, Molina... Debe haber varias...

—Las prostitutas no tienen relaciones sin condón —respondes sin interés, sintiendo que de repente un cansancio, que no sabes de dónde viene, se apodera de ti—. Pero no, no me refiero a eso porque el asesino no la penetró. Al menos, no con el pene. Pregunto por las muestras que debe haber en la cama, en el piso, en las paredes.

—¿De qué está hablando, Molina? —dice Almagro, fastidiado, manoteando en el aire, como si quisiera que todos sus subalternos y tú mismo se largaran del lugar y lo dejaran solo—. Esto puede tratarse de un ajuste de cuentas entre mafias del sector, de un mensaje entre pandillas, de un amante celoso y ya está.

—Vendrán más crímenes, todos con un *modus operandi* similar. Deben multiplicar la fuerza policial en el barrio para proteger a las mujeres del sector. Y explicarles a todas ellas que se protejan las unas a las otras, que estén atentas, que denuncien a cualquier individuo sospechoso que detecten.

—¿Usted cree que no tenemos nada más que hacer, Molina? —dice Almagro, levantando la voz enfurecido—. Ahora quiere que nos pongamos a dar seminarios de seguridad y de protección social. No me joda, Molina, no me haga perder el tiempo.

—Es un hombre de mediana edad —dices con la misma voz reposada—, de unos treinta y cinco o cuarenta años, soltero, sin hijos, sin relaciones sentimentales estables. Tuvo acceso a la educación superior y es de clase media. Muy posiblemente esté registrado en algún hospital o en un seguro médico como paciente con brotes psicóticos, esquizofrenia o fuertes trastornos de personalidad. Una cosa más: no olvide las muestras de semen. Muy posiblemente justo ahora esté parado sobre una de ellas.

Sales del sitio sin despedirte, bajas las escaleras y alcanzas la calle en medio de la lluvia que nunca cesa en esta ciudad. Notas que se ha formado una multitud alrededor del edificio, mirones, chismosos, vecinos con ganas de que los dejen subir las escaleras y contemplar el

horror cara a cara. En el fondo, todos ellos tienen los mismos instintos del asesino, sueñan con matar a los que detestan, quisieran darse un festín de sangre y sentirse, aunque sea por unos cuantos segundos, los dueños de las vidas de los otros, poderosos, auténticos dioses que determinan quién vive y quién muere.

Regresas al barrio 7 de Agosto, entras a tu casa y te preparas unos huevos revueltos y un té de jengibre. Enciendes el aparato y respondes algunos correos de clientes potenciales que preguntan por tus tarifas y tus servicios. No te sientes bien de ánimo. Lo único que deseas es echarte a dormir. Te tomas tu pastilla de litio, te lavas los dientes y te pones la pijama. Antes de darte cuenta, ya estás profundo entre las cobijas.

A los ocho días exactamente, te vuelve a llamar Almagro. Su voz suena alarmada en el teléfono:

—¡Otro fiambre igual que el primero, Molina! Se cumplió lo que dije. Lo necesito aquí enseguida, por favor.

—¿En el mismo barrio, en el Santa Fe?

—Sí. A dos cuadras del primero. En la veinte con diecisiete.

—Ya voy para allá.

—Solo una cosa, viejo. ¿Cómo lo supo? ¿Cómo se dio cuenta de que se trataba de un asesino serial?

—Porque es un imitador, Almagro. No es un navajero cualquiera. Estamos frente a un tipo culto, educado, que ha cursado quizá algunos semestres de medicina o de enfermería.

—No le entiendo nada. ¿Un imitador de quién? Nunca hemos tenido nada parecido. Revisamos todos los archivos.

—Es un tipo que vive solo y que muy posiblemente sea buen vecino, diligente, encantador. Debe vivir de alguna renta que tiene ya acumulada.

—No me ha respondido, Molina. ¿A quién está imitando?

—A Jack, a Jack el Destripador... Ya voy para allá.

2.

La voz de Dios no se manifiesta desde el comienzo de manera clara y concluyente. No, no es así. Es como un lento acercamiento, como una palabra temblorosa que al principio habla desde la distancia y que después te habla al oído y te dice: ven, te necesito. Entonces uno sabe que ha sido convocado, que ciertas alegrías de las que disfrutaban los otros hombres no son para uno: que no te casarás, que no tendrás unos niños corriendo por la casa, que no ahorrarás pensando en comprar un carro nuevo ni una vivienda mejor; y que tampoco te llamarán la atención los lujos de los hoteles, ni la comida exquisita de restaurantes elegantes ni las mercancías importadas de los grandes almacenes. No, lo tuyo no es la materia, sino el espíritu. Te da igual ponerte una camisa de marca o una de segunda, unos zapatos lustrosos o unos rotos, transportarte en carro, en bus o a pie. Lo tuyo son las batallas del alma. Es entonces cuando te conviertes en un siervo del Señor.

Al comienzo lo mío fue la medicina. Mi modelo a seguir era el doctor Víctor Frankenstein en su buhardilla buscando las fronteras entre la vida y la muerte. Me gustaba quedarme en la facultad hasta altas horas de la noche metido en los laboratorios investigando. ¿Cómo hizo la materia para salir de su inercia y de pronto, con una energía renovada, empezar a constituir el primer organismo vivo? Si la entropía es un principio universal, ¿cómo es que aparece la vida en sistemas y especies cada vez más sofisticadas? Ese era yo en mitad

de la carrera, leyendo a los grandes teóricos de la vida, a los filósofos, ahondando, buscando aquellos límites en donde termina la tabla periódica y empieza el primer microorganismo.

Poco a poco fui creciendo y sentí la necesidad de servir, de ser útil a los otros. Apenas terminé materias e ingresé a las prácticas, me di cuenta de que los demás estaban ahí enfermos, frente a mí, esperando una mano amiga. Busqué un hospital en un barrio de bajos recursos para hacer el año rural obligatorio, donde necesitaran a un joven idealista, y me entregué por completo a mis pacientes. Sin embargo, algo dentro de mí estaba insatisfecho. El vacío que había sentido de adolescente continuaba intacto, no había sido llenado. En más de una ocasión, salí del hospital con la vaga impresión de estar perdiendo el tiempo. Curaba, sí; operaba, sí; entablillaba, sí; recetaba, sí; pero sabía que el Hombre, con mayúscula, era más que eso. Más allá de los tejidos, de los músculos y los huesos, hay una fuerza secreta que nos hace humanos. La materia la compartimos con los animales. ¿Qué nos otorga nuestra tan preciada humanidad? Algo que no encaja en los átomos, las moléculas y las células, algo que trasciende la mera mezcla de elementos. ¿Y por qué no apuntar hacia allá, por qué no buscar en esa dirección?, me repetía una y otra vez.

Hasta que sufrí una grave crisis debido a la muerte inesperada de uno de mis mejores amigos, Mateo Sánchez. Habíamos compartido los dos últimos años de universidad y luego nuestras prácticas en el hospital. Jamás me insinuó que algo estaba mal con él o que escondía una vida secreta desesperada. Lejos de lamentarse por sus problemas, Mateo era un excelente camarada que siempre tenía un comentario entusiasta que alegraba el día, o que, al menos, lo hacía más llevadero. Por eso lo considerábamos un joven talentoso cuya gentil manera de ser lo conduciría, muy seguramente, a un futuro prometedor.

No obstante, una noche me llamó a las tres de la mañana y contesté nervioso, creyendo que se trataba de la muerte de alguno de mis pacientes en el hospital:

—¿Sí?

— Lázaro, soy yo, Mateo.

—¿Qué pasó? ¿Se murió la señora González?

—No, viejo, no tiene nada que ver con el hospital. Estoy en mi apartamento.

—¿Y entonces? ¿Estás enfermo?

—No aguanto más todo esto.

—Espera, no puedo ni abrir los ojos.

Me incorporé, bebí un poco de limonada que siempre dejaba en la mesita de noche, me refregué los párpados, bostecé como un león y volví a retomar el auricular:

—Ya, viejo, dime.

—Estoy harto de todo, no le encuentro sentido a esa vida de hospital.

—Recuerda que andar entre enfermos deprime un poco. No estaría de más que visitaras a Recasenz. Tú sabes que ese viejo no es un psiquiatra cualquiera.

—No es depresión, Lázaro, es que no podemos pasarnos la vida siempre entre orines, vómitos y escupitajos.

—Es nuestra profesión, eso fue lo que elegimos.

—A veces tengo ideas terribles: se me ocurre entrar a Cuidados Intensivos y matar a todos esos pacientes terminales que no hacen sino gemir durante meses enteros. No me digas que prolongarles la vida de ese modo no es inhumano.

—Ambos sabemos que juramos preservar la vida, no eliminarla.

—Pues ese juramento me parece hoy una mierda.

—¿Por qué no te tomas unas vacaciones?

—No me trates como si fuera un empleadito con estrés, viejo, tú no. Sabes bien que esto no se cura yendo a la playa ni metiéndome en una piscina tres días. Esto es algo de fondo, viejito, algo con lo que no comulgo y que me tiene ya podrido.

—No sé qué decirte.

—De pronto tú ya estás también robotizado y ni siquiera tienes tiempo para cuestionarte, para pensar qué diablos estás haciendo.

—No la cojas contra mí. Yo no te he hecho nada.

—Mejor sigue durmiendo. Mañana me vas a maldecir por haberte despertado.

—Cuando se acabe el turno podemos ir a tomar algo.

—Dale, fresco, yo te busco. Perdóname por llamarte a esta hora.

Nos despedimos y colgamos. Fui a orinar y caí de nuevo profundo. A las pocas horas, me llamaron de Urgencias y esta vez sí estaba seguro de que se trataba de la muerte de la señora González. No, tampoco. Era Marcela, la jefa de enfermeras:

—Lazarito, vente ya para acá corriendo.

—¿Empeoró la señora González?

—No, corazón, nos acaba de llegar Mateito con un cuadro gravísimo de intoxicación.

—¿Qué?

—Yo creo que se envenenó, Lazarito. Apúrate.

Llegué en cuanto pude, sin bañar, sin desayunar, con el pelo desordenado y la boca sucia. En efecto, Mateo se había metido una sobredosis de morfina y no alcanzamos a salvarlo. De milagro, lo había encontrado su hermano, quien lo había llevado a la clínica en su propio carro, pero ya era tarde, la morfina había hecho efecto y agonizó inconsciente, en nuestros brazos.

En el entierro, la madre se me acercó y me preguntó:

—¿Es cierto que también te llamó a ti, Lázaro?

—A las tres de la mañana, sí señora.

—El hermano, en cambio, no pudo seguir durmiendo y lo llamó al rato para saber cómo se encontraba, pero él no contestó.

No dije nada. La acusación estaba clara: yo, irresponsablemente, me había echado a dormir sin importarme un comino la vida de mi amigo, y ahora las consecuencias estaban claras: él estaba metido en un cajón y yo seguía por la vida, tan campante, como si nada. ¿Era

eso un amigo de verdad, alguien que nos ha acompañado a lo largo de los años?

Renuncié al hospital y me quedé unos meses a la deriva, sin saber muy bien qué hacer ni dónde vivir. Una tarde entré a confesarme a una iglesia y le conté al sacerdote lo que había ocurrido.

—Me siento culpable de esa muerte —rematé diciendo con los ojos llenos de lágrimas—. Lo dejé solo, lo abandoné.

—Hay espíritus negros que rondan nuestras vidas —dijo el sacerdote, con una voz gruesa que retumbaba dentro del confesionario—. A veces se quedan años y años vigilándonos, provocándonos, hasta que logran su cometido y nos destruyen, nos aniquilan.

—Creo que él estaba deprimido —asegué de manera un poco más racional.

—Los malignos nos acechan y se alimentan de nuestra desgracia, de nuestra miseria. Y nadie nos advierte de su presencia.

—¿Usted cree que se trató de fuerzas sobrenaturales que lo condujeron a matarse?

—Estoy completamente seguro. Lo he visto muchas veces.

—Me sorprende, padre.

—Y debe tener cuidado, porque ahora lo rondan a usted.

—¿A mí por qué?

—Lo hacen sentir culpable, lo alejan de su trabajo, lo angustian. Busque ayuda profesional.

—Eso estoy haciendo —dije alarmado por la brusquedad del sacerdote.

—Yo no soy psiquiatra. Haga una terapia, médiquese hasta que supere la muerte de su amigo. ¿Vive solo?

—Sí, señor.

—Múdese ya mismo y busque compartir con un familiar o con unos amigos. No se quede solo.

—Me está asustando, padre.

—Los caminos que nos conducen al infierno son sinuosos, retorcidos y laberínticos. Tenga mucho cuidado.

—¿Tengo que hacer alguna penitencia?

—Usted no ha cometido ningún pecado. Lo que tiene que hacer es protegerse usted mismo.

—Gracias, padre. Me retiro.

—Si las entidades siguen acercándose, venga a verme.

—Sí, señor.

Y salí de la iglesia estupefacto. ¿Qué diablos había sido eso? ¿Quién era ese tipo? ¿Sabían sus superiores que trataba de ese modo a los feligreses?

Lo curioso es que a partir de ese momento, como si se hubiera abierto una puerta a otro mundo, empecé a percibir que fuerzas invisibles atacaban o protegían las vidas de los hombres. No sé cómo explicarlo, pero me bastaba ver a una persona, tenerla un minuto cerca de mí, para saber si estaba limpia o si se encontraba acorralada por fuerzas oscuras. Y no solo me pasaba con mis vecinos o con la gente con la que me tropezaba en los supermercados o los restaurantes, sino que a veces, leyendo el periódico o viendo la televisión, aparecía alguien que me confirmaba la presencia de esas entidades secretas que están detrás de nuestras desgracias.

Mi error fue no protegerme, no escapar, no pedir ayuda, como me había recomendado el sacerdote. Y por eso fui víctima de ellas hasta niveles insospechados. Nunca he hablado de ello, pero juré que en estas páginas diría la verdad y nada más que la verdad. Y pienso respetar ese juramento.